

VESTIDA DE DOMINGO

Marta Gómez Cordero



La línea del horizonte se había vuelto blanca y escarpada en cuanto llegó a la carretera nacional, que más que pasar cerca del bosque lo atravesaba por la mitad.

Hacía tiempo que apenas se veían animales salvajes en esa zona, aunque los lugareños afirmaban que algún oso, y también jabalís campaban a sus anchas y de vez en cuando se dejaban ver.

A Marisa le traía sin cuidado todo aquello pero, dado su objetivo ese día, sentía cierta curiosidad y no le habría importado cruzarse con algún animal atípico a la ciudad, de donde provenía. Se miró en el espejo retrovisor. El rímel se le había corrido, y ya no tenía el aspecto de entereza que pretendía fingir. El traje de chaqueta no tenía ningún tipo de sentido y lo sabía, pero esa mañana, mientras se estaba vistiendo, pensó que lo más adecuado para dar malas noticias era ir bien arreglada. Se imaginó el drama familiar que desencadenaría aquello e hizo una mueca de desaprobación.

Pero el caso es que no quería llegar entera al momento de dar la noticia y, con total convicción pisó el acelerador al máximo, buscando con la mirada un punto de impacto. Nada, tan sólo árboles a cada lado del coche y la montaña nevada al fondo. Resolvió dar un volantazo y dirigirse a un árbol grande y viejo, un roble con aspecto de llevar en ese lugar más tiempo que el bosque.

Unos segundos antes del impacto, Marisa pudo ver a un oso pardo que salía de entre la maleza y, sin pensarlo mucho, resolvió esquivarlo, no era necesario hacer daño a ningún otro ser, la única que debía morir ese día era ella. El impacto contra el árbol le hizo atravesar la luna del coche y, amén del golpe del coche, su cuerpo impactó también contra el roble. Cayó al suelo semi inconsciente, pero aún viva, quizás ese no iba a ser el día en que moriría, y el informe médico de oncología que cayó a su lado, era un negro presagio. Lo último que vio antes de cerrar los ojos fue la cabeza enorme del oso, que se acercó a ella curioso y calmado. Qué irónico, se dijo, y aún lo recordaba cuando abrió los ojos días más tarde, en una sala blanca y aséptica, de un hospital.

